

Georges TAVARD, *Los ángeles* (con la colaboración de A. Caquot y J. Michl), en M. SCHMAUS-A. GRILLMEIER-L. SCHEFFCZYK, *Historia de los Dogmas*, ed. BAC, Madrid 1973, tomo II, cuaderno 2b, 92 pp.

En 1968 comenzó a publicar la Editorial Herder (Friburgo de Brisgovia) su monumental *Handbuch der Dogmengeschichte*, en el cual el estudio sobre los ángeles, ahora traducido al castellano, ocupa su lugar en el tomo II, dedicado a la Trinidad, la creación y el pecado, es decir, su sitio tradicional según la sistematización clásica. (Sorprende, de todas formas, que el plan general de este *Handbuch* no haya reservado expresamente espacio alguno para el tratado de Dios Uno, y que la exposición de la gracia haya pasado al tomo III, después de la Cristología, la Eclesiología y la Mariología. ¿Acaso se ignora los importantes argumentos ofrecidos por Santo Tomás para estudiar el tema de la elevación en la II *pars* de su *Summa Theologiae*? Nos parece, más bien, que no; que el índice de esta *Historia* es ya de por sí una toma de posición).

La Angelología que comentamos consta de siete capítulos y unas conclusiones. André Caquot (Antiguo Testamento) y Johann Michl (Nuevo Testamento) redactaron el primer capítulo, titulado: "La Angelología bíblica". Georges Tavard es el autor del resto de la obra: "Los primeros siglos cristianos"; "La edad de oro de la patrística"; "De la patrística posterior a la escolástica"; "La síntesis escolástica"; "La Angelología en las iglesias orientales"; "La teología protestante"; y "Resumen y perspectivas".

Aun sin desconocer el buen hacer metodológico de Caquot y Michl, sus aportaciones —recogidas en el capítulo primero— nos merecen serios reparos. En algún momento hemos tenido la sensación, producida —quizá— sólo por los modos de redactar, de que su concepción de la Sagrada Escritura podría estar viciada de raíz. No se aprecia claramente si esos autores tienen en cuenta que la Biblia está toda ella inspirada y que, por tanto, no contiene error. Parece, en algunos momentos, que el AT se considere como la elaboración y expresión más o menos sistemática de las creencias religiosas de Israel (p. 1); y que el NT descansa fundamentalmente sobre la base de los escritos apócrifos judíos (p. 9). Descubrimos expresiones que apuntan hacia una sorprendente "desmitificación", por ejem-

plo cuando leemos: "Un pequeño episodio de los Hechos de los Apóstoles muestra cómo se imaginaba (¡sic!) a veces la mutua relación entre un hombre y un ángel...", y sigue el relato de Act 12, 15, para terminar: "Aquí se convierte el ángel en el doble celeste del hombre" (p. 12). La lucha de San Miguel con el diablo se juzga como "leyenda judía" (p. 13), "falsa interpretación de Apc 12, 7" (p. 18, nota 24). Los querubines, serafines, etc. del AT y NT se consideran como formando parte de una imagen del mundo semejante a la del gnosticismo tardío (p. 14). La figura de Satanás sería una creación del judaísmo postexílico (p. 15), y los nombres de los ángeles y buena parte del panteón celeste procederían del influjo babilónico, a partir del siglo VI antes de Cristo (p. 5). Incluso parece intuirse que, según los autores, los ángeles son representaciones teológicas de las fuerzas naturales (p. 18). Junto a todo ello, nos ha producido cierta perplejidad que el pronombre personal *él* se escriba siempre con minúscula cuando se refiere a alguna de las Personas divinas (pp. 1, 10, 11: tres veces, y 73), lo que no pensamos sea error tipográfico, porque sólo hemos descubierto tres en toda la obra (pp. 55, 83 y 90).

Muy otro, en cambio, es el tono de los restantes capítulos, en los que Tavard realiza un alarde de conocimientos de Patrología e Historia de la Teología, todo ello con sumo respeto por las fuentes de la Revelación y el Magisterio. (La exposición del Magisterio es breve, pero completa: pp. 52-56, 60-61, 90). De especial interés juzgamos las páginas dedicadas a comprender la actitud de los Padres ante el gnosticismo de los siglos II y III (pp. 25 ss.); el análisis de la amenaza maniquea (pp. 42 ss.); el estudio del tema de la composición hilemórfica de las sustancias angélicas (*passim*); el análisis de la doctrina damascena (pp. 49 ss.); y, sobre todo, la exposición de la mente bonaventuriana, tomista, escotista y suareciana. Tavard se luce particularmente en el estudio del Doctor Seráfico —del que es conocedor de nota— y en la explicación de la síntesis aquinatense, de la que ofrece abundantes razones tomadas de las polémicas antiaverroistas. Nos ha gustado también el capítulo dedicado a la teología protestante, en el que es muy sugestivo el estudio de su progresivo deterioro hasta llegar al protestantismo liberal del siglo XIX. El resumen final es esperanzador, al señalar caminos para la investigación teológica, y al indicar la necesidad de fomentar en el pueblo una mayor veneración a los ángeles, particularmente al ángel de

la guarda, y de dirigir la atención a la existencia de Satanás como un ser personal malo.

Este fascículo, primorosamente impreso, se acompaña de una tabla de abreviaturas y siglas utilizadas que facilitan mucho la lectura, y de abundante bibliografía, en la que destaca la presencia de la literatura anglosajona —especialmente americana— quizá poco conocida por la teología que se edifica en el Mediterráneo. La traducción es excelente.

J. I. SARANYANA

Josef PIEPER, *Filosofía medieval y mundo moderno*, Eds. Rialp, Madrid 1973, 406 pp. y una tabla cronológica.

Ediciones Rialp presenta en un solo volumen preparado por Ramón Cercós, dos estudios de Pieper, publicados en alemán en 1960 y 1958. El primero de los trabajos se titula "Escolástica. Figuras y problemas de la Filosofía medieval" (pp. 17-202), y el segundo, "Introducción a Santo Tomás de Aquino. Doce lecciones" (pp. 265-391). Siguen el índice alfabético y el índice general.

*Escolástica* es un esfuerzo de síntesis, de carácter ensayístico, por penetrar en el alma de la Edad Media. Desde la primera página se reconoce al humanista que ha meditado largamente sobre el "espíritu de la filosofía medieval" (como diríamos parafraseando a Gilson). El arranque de la narración es desconcertante, porque al pretender *datar* el comienzo de la "media Edad", nos sitúa de entrada ante la cuestión fundamental que preocupó, tanto a los ilustrados (para expresar su repugnancia), como a los románticos (para ensimismarse en su ensoñación y añoranza): ¿qué es la Edad Media?, ¿dónde radica su "personalidad"?, ¿cuándo acaba, si es que culminó ya? El juego erudito de ideas y palabras, en torno al sentido del año 525 después de Cristo, le ofrece a Pieper la solución de tales interrogantes: el Medievo nace cuando se traslada "el punto de mira desde Atenas, en la Academia platónica, al monasterio benedictino (Montecasino) en la ruta de las invasiones bárbaras" (p. 22). La Escolástica es, pues, un largo itinerario de asimilación del mundo antiguo, un ingente esfuerzo